

## TORIBIO DEL CAMPILLO

---

### EL CANCIONERO DE PEDRO MARCUELLO

#### I

Cuando la oficina tipográfica de Medardo Heras, corriendo el año 1796, estampaba en Zaragoza los dos tomos que comprenden la *Bibliotheca antiqua de los escritores aragoneses*, y su autor, el Dr. D. Félix de Latassa y Ortín, daba á luz, en el tomo II, el artículo bio-bibliográfico en que trata de Pedro Marcuello y de sus obras, muy lejos andaría del espíritu del preclaro erudito la posibilidad de que no transcurriese medio centenario sin que desapareciesen los *Dos Tratados acerca de la Conquista del Reyno de Granada*, presentados á los Reyes Católicos por el vate de Calatorao, con la más absoluta carencia de noticias acerca de la muy lamentable pérdida literaria y artística del tomo en 4.º mayor, que últimamente se denominaba *Cancionero de Marcuello*.

Había extremado su diligente laboriosidad el bibliógrafo cesaraugustano en dar cumplidas noticias biográficas de los escritores y reseñas cabales de sus obras, comprendiendo cuantos hijos de Aragón habían florecido en las letras y cuantos escritos componían su rica literatura, desde la venida de Nuestro Redentor hasta el fin del siglo xv; y á todos los ramos del saber alcanzó su ópima labor, mostrando la sólida y extensa cultura que levantaba al antiguo reino á la justa fama que por entonces poseía en el mundo de las letras.

Sesenta y tres años contaba Latassa cuando emprendió la publicación de la *Biblioteca antigua*; y en los seis siguientes dió cima á la estampa de los seis nutridos tomos de que consta la *Biblioteca nueva*, llevando sus artículos hasta la fecha misma en que la prensa pamplonesa de Joa-



quín de Domingo daba á luz el último volumen de la ya famosa obra.

Hasta su fallecimiento, que acaeció en 1805, cuando ya se acercaba á los setenta y dos años, no cesó su diestra mano en las investigaciones á que sus aficiones predilectas le llevaban. Su amor al trabajo se sobrepuso siempre á los desfallecimientos de la ancianidad, fatigada por la diaria labor del espíritu en acción continua; y hasta en la época de la vida en que menguan rápidamente los lozanos bríos juveniles, así como los de la edad madura, con las obligadas flojedades del septuagenario, y se apastan los últimos días con recreos del ánimo, orillando las forzadas tareas de solícitas indagaciones, en la Sociedad Económica Aragonesa, en la Academia de Nobles Artes de San Luis y en otros Institutos, su fácil pluma y su penetrante inteligencia no dejaron de prestar señalados servicios en Informes, en Memorias, y en ilustrar siempre á cuantos amigos ó compañeros suyos pedían ó buscaban sus luces en cualquier difícil asunto, expuesto ó discutido en sus respectivas sesiones.

No pertenecen á esta época de la vida del Sr. Latassa la *Suma y Notas al Cancionero*, ya mencionado, al que sirven de toco ingreso estos someros párrafos preliminares. Próximo á los cincuenta y dos años se hallaba cuando hizo este precioso estudio, compuesto en 1785; y con tan encumbrado título lo apellidamos, porque sin este manuscrito, felizmente hallado sin mengua, tan sólo por el artículo, que el autor de las *Bibliotecas antigua y nueva de los escritores aragoneses* dedica á Pedro Marcuello, sabríamos que habían existido *Dos Tratados acerca de la Conquista del Reyno de Granada*, presentados á los Reyes Católicos por el poeta calatoricense, y careceríamos de la minuciosa, interesantísima descripción, que tan característica y jugosamente da á conocer las bellezas artísticas que los avaloraban, aun cuando la mano del poeta no alcance á la de quien realizaba por la pintura su propia obra literaria, no ajena tampoco de mérito.

En los tiempos en que el Dr. D. Félix de Latassa componía el monumento levantado por paciente y diestra investigación á la gloria imperecedera de las letras en Aragón, carecían de fácil campo los indagadores que caminaban por las abstrusas regiones de la historia literaria y de la biografía, y en Aragón eran más ásperos los caminos para reunir materiales de probanza, porque, como siempre se ha dicho, los hijos de aquel antiguo reino, fecundos en hazañas y adelantados en saber, cuidaron muy poco de relatar las unas y no mucho de publicar y transmitir su ciencia. Sirve, además, de valladar infranqueable á no pocas investigaciones en la capital del antiguo reino de Aragón el socorrido pretexto de la pereza de los guardadores de los monumentos históricos, que atribuye á los gloriosos sitios de 1808 y 1809, en que las tiránicas tropas de Napoleón redujeron á escombros una gran parte de la población con muchos de los principales edificios, la pérdida de registros, asientos y papeles de todo linaje entre las ruínas y los incendios consiguientes; y no son raros los casos en que un investigador oye dar por cierta, en determinado momento, la sorprendente noticia de la desaparición de un testimonio histórico, que tuvo en sus manos, cuarenta ó cincuenta años después de aquellos tristísimos sucesos, al preguntar por él, con el fin de confirmar sus juicios ó adquirir nuevas noticias. Afortunadamente, no anduvo en sus fructuosas tareas D. Félix de Latassa después de tan luctuosos acontecimientos, aun cuando el estado de nuestra nación, por entonces, distaba mucho de ofrecer las facilidades que hoy se disfrutan sin grandes dispendios. El esclarecido erudito debió engolfarse ya en la composición de su grandiosa obra cuando, por su situación de Racionero de Mensa en la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, obtenida en 1780, al contar cuarenta y seis años, fijó su residencia en esta capital, patria suya (1).

(1) «Nació D. Félix Latassa de generosa estirpe, siendo sus padres D. Juan Latassa y Ortiz, natural del pueblo de este nombre en



Permiten presumir sus muy aprovechados estudios y el connotado de *conocida literatura* con que le distinguió el Claustro universitario en un informe, que desde su juven-

el reino de Navarra, y Doña María Ortín, natural de Zaragoza. Fué su cuna la ciudad de Augusto, y recibió el agua del bautismo en la parroquia del Pilar el día 21 de Noviembre de 1773, teniéndole en la pila su padrino D. Juan de Latassa, menor.

»Siguió en Zaragoza los estudios con una brillantez que permitía vislumbrar sus futuros lauros como literato, crítico y canonista. En 1749 empezó á cursar Artés en la Universidad y sus Colegios agregados, el de jesuitas entre otros; y al cabo de los tres años que entonces se consagraban á la Filosofía, y después de haber lucido en las Sabatinas y Academias, palenques de la escolástica ardiente en aquel tiempo, y piedra de toque en donde estimar el valor de la juventud universitaria, pidió ejercicios públicos, que debió al Arzobispo de Zaragoza, y con gran contento de todos tomó el grado de Bachiller en Filosofía, empeñándose al punto y con igual brío en el estudio de la Teología. Cuatro años cursó esta Facultad, en la cual fué recibido como Bachiller el 12 de Marzo de 1761, respondiendo de su raro aprovechamiento las varias cátedras que sustituyó durante aquel tiempo, y los elogios que hubo de merecer á todos en el desempeño del magisterio. Más adelante, ya Presbítero y con doce años de estudios mayores, recurrió al Consejo en demanda de los grados de Licenciado y Doctor, que requerían en el candidato la dispensa de dos años teológicos. Despachó provisión el Consejo en 23 de Abril de 1761, pidiendo informe al Claustro sobre el Memorial de Latassa, sujeto de aventajadas prendas y conocida literatura, según la expresión muy lisonjera de aquel respetable Cuerpo, y la Universidad acordó, no bien le fué aquella leída, que se contestase favorablemente en el propio día 2 de Mayo. Corrido un año, y previa la dispensa pública y de intersticios, fuéronle aprobados los ejercicios en 13 de Mayo, y le apadrinó el Catedrático suarista D. Manuel Cabós, contra quien, años atrás, tenía informado desventajosamente el Claustro, y recibió el 23 la investidura de Doctor, no sólo ante el Claustro, pero ante la ciudad de Zaragoza, que, como patrona de la Universidad, solía concurrir á las más principales solemnidades.

»Preciso es confesar que el premio de sus buenos estudios no fué, ni proporcionado á ellos, ni mucho menos correspondiente á su alto mérito. Limitóse por largo tiempo al curato de Juslibol, más lucrativo, á la verdad, de lo que hace presumir la poca importancia de aquel pueblo, situado á muy poca distancia y en el mis-

tud predominó, en su constante afición á las letras, cuanto á la historia literaria de Aragón se refería; y como por su linaje, por su cultura, por sus elevadas relaciones sociales y de familia, por su fina y extremada modestia, por la

mo término de Zaragoza; se extendió después á una ración de Mensa en la Iglesia Metropolitana del Salvador, de cuya plaza tomó posesión el día 2 de Marzo de 1780, sucediendo en ella á Don José de Alfranca; y subió, por fin, al decanato y á los honores de Canónigo, en cuyas dignidades, y en la muy alta de Socio de mérito en la *Aragonesa de Amigos del País*, falleció intestado en Zaragoza el día 2 de Abril de 1805, dentro de su casa nativa, calle del Pilar, núm. 33, esquina á la de Talamantes, habiéndose colocado su cadáver en la cisterna de la capilla de San Vicente, dentro de la Catedral de la Seo, en cuyo templo se le hicieron las honras correspondientes á su dignidad.

»Las prendas de su carácter eran amables en extremo, y hallábase dotado de una modestia igual á su capacidad; era en su trato, en lo que cuentan, pundonoroso y franco; vivía con frugal templanza, y parecía aspirar á no ser de sus amigos ni envidiado ni envidioso. Tenía más que regular propensión hacia las nobles artes, y gozaba sobre manera con los más inocentes encantos de la Naturaleza; trabajaba con calma, pero con tesón no interrumpido, y acostumbraba á respirar, durante sus estudios, el ambiente de las flores, hacia las cuales tenía una pasión toda poética. La constancia de sus lecturas y la necesidad de descifrar con frecuencia algunos manuscritos, fueron parte para que en sus últimos años se le quebrantara la vista gravemente. En cuanto á su fortuna, se sabe que tuvo un mediano pasar, pues además del regular que le ofrecía su ración, tenía casa de su propiedad, y no sabemos si algunas más fincas; pero sea que hubiera de cubrir más atenciones propias que las suyas, sea que su caudal se consumiera en la adquisición de libros ó en la copia de manuscritos, ello es que no correspondía su ajuar á lo holgado de su posición, y aun se añade que, ya en vida, hubo de desprenderse de alguna parte de su librería, siendo cierto que ésta quedó muy pronto destruída. Su fisonomía y talle se nos han conservado en un retrato al óleo de cortas dimensiones, ejecutado en 1762 y conservado hoy por sus herederos, y principalmente en el que va al frente de sus dos *Bibliotecas*, que es un buen grabado, renovación del que D. J. A. M. había dedicado á Latassa, presenta de cuerpo entero al personaje con ropas de Canónigo, y sobre los ricos paños que cubren la mesa se destaca el escudo de armas de los Latassas.



cortés afabilidad de su trato, todo el mundo le tenía en gran estima, á sus delicadas indicaciones se abrían las puertas de los palacios, de las oficinas catedrales y parroquiales, de los cenobios de la ciudad y de sus cercanías, facilitando el ópimo fruto de su laboriosa y perspicaz diligencia en el prodigioso acopio de materiales, fundamento primitivo de sus *Bibliotecas antigua y nueva*.

Pasan de dos mil setecientos los artículos en que compiten la biografía y la bibliografía en fructuoso maridaje, repletos de abundosos datos, sazonados con fértil erudición acerca de las disciplinas en su tiempo cultivadas, con juicios en que campea siempre la serenidad cetera, espontáneamente nacidos en su elevado entendimiento por su firme y extenso saber. Y si en algunos casos, por lo exiguo del resultado en las investigaciones biográficas, y

De sus obras literarias son las que conocemos que merecen mencionarse:

»1.<sup>a</sup> *Memorias de los Racioneros de Mensa de la Santa Iglesia Metropolitana del Salvador*, en Zaragoza, por Medardo Herás, año 1798, 16 págs., en 4.<sup>o</sup>; contra la cual imprimió en Madrid, año..... una impugnación muy decorosa D. Eusebio Jiménez, con cuyo trato nos hemos honrado todavía en nuestra primera juventud.

»2.<sup>a</sup> *Biblioteca de escritores aragoneses*, dividida en dos partes, á saber: *Biblioteca antigua*, que comprende todos los escritores que florecieron desde el principio de la Era cristiana hasta el año 1500, y la cual va dedicada á su deudo D. Juan Martín de Goicoechea, y se halla impresa en Zaragoza por Medardo Herás, año 1796, en dos tomos en 4.<sup>o</sup>, y *Biblioteca nueva*, que alcanza hasta el año 1802, y dedicada al Deán Pérez de Larrea: fué impresa en Pamplona por Joaquín de Domingo, años 1798 á 1802, en seis tomos en 4.<sup>o</sup> Contiene la primera 300 escritores y la segunda 1.412 (\*): de ambas se hizo una tirada bastante considerable; pero el despacho no debió ser muy grande, toda vez que los ejemplares se han vendido modernamente en grandes partidas y con grande apreciación, siendo ahora escasísimas las colecciones, á lo menos en Aragón, y debiendo además advertirse que á la entrada de los franceses en Zaragoza, después de los famosos sitios, ocu-

(\*) Son 304 los artículos que comprende la *Antigua* y 2.414 la *Nueva*: en total, 2.718.

hasta en los apuntamientos de los escritos con que se completan, aparece deficiente la noticia total, no se puede achacar á la flojeza del investigador, sino á la carencia de medios para puntualizar cumplidamente lo que en vano se ha inquirido con empeño.

Verdadero y sólido título de gloria es para el erudito aragonés su ingente obra, años antes iniciada respecto de los historiadores por un campeón de la erudición histórica como el Dr. Juan Francisco Andrés de Uztarroz, cronista del antiguo reino, infatigable y perspicaz investigador en todo linaje de antigüedades. Declara el Sr. Borao, en su *Biografía de D. Félix de Latassa*, que con las *Bibliotecas antigua y nueva* se llena el vacío de los Anales aragoneses en punto á su historia literaria, como antes lo habían hecho, con gran gloria suya, respecto de Castilla, Nicolás Antonio y Rodríguez de Castro; de Valencia, Rodríguez y Jimeno, y de Cataluña, Torres Amat. Cree también que contaría veintisiete años Latassa (1790) cuando emprendió

paron los polacos en gran número las habitaciones de Latassa y quemaron algunos papeles de su *Bibliotheca*, cabiendo principalmente esta desgracia al tomo II<sup>o</sup> de la *Nueva de los escritores aragoneses*, que es el más escaso (\*).

Borao, BIOGRAFÍA ARAGONESA. Publicada en *La América*, años 1858 y 1859, núm. 9, págs. 13 y 14.

(\*) Años atrás, en vida del autor de la *Biografía* de Latassa, pensó la Diputación provincial de Zaragoza reimprimir la obra de este insigne bibliógrafo, con las condiciones y rectificaciones con que habrían de completarla varios eruditos literatos del antiguo reino; pero la empresa no se llevó á cabo, y un modesto oficial del archivo y de la biblioteca del Colegio de Abogados de la capital, D. Miguel Gómez Uriel, sin carrera literaria, pero con perseverante y patriótica, y nunca bastante agradecida voluntad, reunió cuantos materiales pudo, y dió á la estampa la segunda edición de las *Bibliotecas de los escritores aragoneses*, cambiando el orden cronológico por el alfabético, añadiendo 440 artículos y algunas notas, y mostrando tan grande desinterés, que en la impresión de los tres tomos en 4.<sup>o</sup> doble de que consta, consumió el caudal de sus ahorros obtenido en una vida modestísima, obscura y honrada, privando á su digna y humilde familia de este legítimo recurso para después de sus días, Las Corporaciones cesaraugustanas debieron compensar con hidalga largueza á los sucesores del Sr. Gómez Uriel del sacrificio pecuniario hecho con tan heroico patriotismo; pero cuando suelen sobrar recursos para gastos en los que nada noble y generoso media, faltan siempre para toda empresa que interese al honor y á la gloria de un Estado, y la edición cuasi entera para en el fondo de una librería de Zaragoza, sin que la familia de Gómez Uriel haya logrado reintegrarse sino de pequeñísima parte de lo que tan desinteresada y noblemente había invertido en la nueva edición el difunto oficial del Colegio de Abogados.



sus indagaciones biográfico-bibliográficas, al par que se acercaba al término de los estudios para obtener el título de Bachiller en Sagrada Teología, logrado un año más tarde; pero si no es dudosa su predilección por las tareas en que al fin logró la justa gloria de que hoy goza entre los más ilustres cultivadores de la erudición histórico-literaria, sus primitivas investigaciones no podían tener la plenitud constante que después holgadamente alcanzaron, por vivir en múltiples y trabajosas tareas universitarias; y no tan sólo en el estudio de la Filosofía y de la Teología, sino también en el desempeño de algunas cátedras, á su pericia científica encomendadas por el Claustro ó por el Rectorado. De insegura certeza son hasta las palabras en que el docto D. Ignacio de Asso y del Río, calificando á Latassa de *vir longe doctissimus et acerrimi iudicii* (1), añade *in adornanda scriptorum nostrorum bibliotheca multis abhinc annis feliciter occupatus*; y, sin embargo, en la frase transcrita, y singularmente en el adverbio contenido en ella, no se precisa fecha determinada, y lo mismo pudiera referirse á diez ó quince, que á veinte años. Diez y nueve separan la que apunta Borao de la del libro de Asso (1779), y muchos intermedios caben en tan largo tiempo, que permitan convenir en la más razonable. De probabilidad, con asomos de certeza, es la de haber trabajado desde su primera juventud en tareas más ó menos asiduas, propias de su afición dominante. No es improbable que en ellas sufriese treguas inevitables con sus obligaciones universitarias, y después con las inherentes al cargo de Párroco que con celo apostólico ejerció en Jurlibol, pueblo enclavado en los límites jurisdiccionales de la ciudad de Zaragoza. Y fuera de duda parece que con la posesión de la prebenda, que definitivamente le domicilió en su patria, habrían de hallar campo abierto sus investigaciones, engolfándose con todos sus bríos en el inmenso piélago en que siempre

(1) *Synopsis stirpium indigenarum Aragoniæ*. Nota Præfationis.

había deseado navegar con los poderosos remos de una voluntad jamás en desmayo, y con el saber que agigantaba su agudísima inteligencia. El mismo escrito en que trata del *Cancionero* del poeta de Calatorao, demuestra que cinco años después sus trabajos andaban empeñados en las ricas bibliotecas de las casas religiosas, esparcidas fuera de la ciudad por comarcas no distantes, como si ya le quedase poco que allegar al acervo cuantiosísimo de sus apuntamientos en las numerosas y ricas series de selectos volúmenes de los principales cenobios y de las casas solarietas de los más ilustrados próceres del recinto cesar-augustano, abiertas siempre á las averiguaciones del docto eclesiástico, á quien todos consideraban como un verdadero historiador de las letras de aquel reino, en que lo propio tan olvidado vive.

No escasos y bien merecidos elogios tributa á D. Félix de Latassa su ilustre biógrafo, á cuya diestra pluma debe Aragón que conozcan sus compatriotas al benemérito investigador, luz vivísima de la opulenta historia de las letras aragonesas; pero si nuestra pequeñez literaria no ha de alzarse contra la indiscutible autoridad del amigo nunca olvidado y del sabio maestro, á quien debimos doctas enseñanzas en las aulas universitarias y la familiaridad de cariñoso trato, no por esto nos permite ocultar que el biógrafo, convertido en severo crítico del biografiado, aun con atenuaciones laudatorias que anulan, en verdad, la muy mayor parte de sus censuras, pide al autor de las *Bibliotecas de los escritores aragoneses* la manera de ver y de juzgar del siglo XIX cuando entraba en su postrer tercio, no la propia del siglo XVIII con las funestas influencias extrañas que adulteraron el espíritu español en todo el campo de las letras, y de los que no había de librarse el preclaro erudito por innata presciencia. Las faltas de éste, según su biógrafo, consisten en la escasez de juicios críticos acerca de las obras reseñadas; en la inclusión de sujetos, inmerecidos de tal honor, por no haber dado á luz escritos literarios propios; en creer deficientes algunas



biografías, como la del coloso de la erudición en el siglo XVI, D. Antonio Agustín, y en aparecer en la serie, como de Aragón, algún sujeto que precisamente no nació en población de aquel reino. *Ubi plura nitent in carmine, non ego paucis offendam maculis*, pudiera decirse aquí con el egregio lírico latino, recorriendo los ocho abundantes tomos de las *Bibliotecas de los escritores aragoneses*, con más de dos mil setecientos artículos, respecto de los tres defectos últimos, de los que no se halla libre ni el mismo Nicolás Antonio, ni ningún otro bibliógrafo regional; pero tratándose del primero, no acertamos á conformar nuestro parecer con el de nuestro sabio maestro. La biografía, la bibliografía y la crítica tienen campo peculiar suyo, con límites propios bien determinados; y si adoptadas en armónica compenetración enaltecen la obra en que campean unidas, no por esto ha de reclamarse á la obra biográfico-bibliográfica que penetre de lleno en la crítica de todos los monumentos literarios reseñados en sus artículos. No ha de negarse que se inicia en las modernas doctrinas de los bibliógrafos más conspicuos de nuestra época el predominio de algo parecido á lo que nuestros antiguos denominaron *Silvas de varia lección*, sobre la reseña de un libro conforme al patrón del usual procedimiento bibliográfico; pero si las bibliografías y hasta las catalogaciones de las bibliotecas hubiesen de constar de tales datos, la vida de un hombre no bastaría para leer, juzgar y describir, con tal copia de apuntamientos, una no muy numerosa serie de libros. Algún ejemplo feliz entre nosotros, afirmado por la superior autoridad bibliográfica española de nuestros días, confirma nuestra observación, poniendo de manifiesto cuán raras cualidades, en contadísimos eruditos del más amplio saber, son absolutamente necesarias para tan empeñada tarea.

Un cuadro inmenso, de minuciosos datos, de recónditas relaciones, de observaciones y de juicios, tales como los abarcaba el elevado entendimiento del Sr. Borao, señala al biógrafo aragonés como pauta obligada de su obra. El

desempeño acertado de tan compleja tarea nunca debió entrar en las miras de D. Félix de Latassa, ni tal vez hubiese cabido en las circunstancias de su entendimiento, con ser tan claro y tan agudo; pero basta, para cumplida gloria suya y de su patria, la inmensa utilidad de sus tareas para las letras y para la historia; el allegamiento de las numerosas fuentes de conocimiento que manejó en sus disquisiciones; la veracidad de sus datos biográficos; la exactitud en los bibliográficos, que pudo puntualizar por sí mismo; la indicación de los Archivos y de las Bibliotecas en que alimentaba sus indagaciones, y hasta la indulgente benevolencia con que calificaba á los autores y sus escritos, por la extremada modestia, que le hacía desconfiar del juicio propio y no decidirle á precisar severas censuras.

## II

Del Alcaide Pedro Marcuello inserta D. Félix de Latassa breves y pocas noticias, y éstas fueron tomadas del *Cancionero*, en los pocos lugares en que el poeta habla de sí mismo.

Fué su patria Calatóna, villa populosa y de muy fértiles comarcas, en la deliciosa ribera del Jalón, tan celebrada por el bilbilitano Marcial en sus versos; y un deseo expreso del poeta indica muy claramente que la población calatonaense, por entonces, contenía entre sus habitantes muchos moriscos, como acontecía en otros lugares de Aragón, por la magnánima tolerancia de sus naturales cristianos.

Se inclina el erudito bibliógrafo á creerle del claro linaje del Magnífico Esteban de Marcuello, Consejero de Zaragoza cuando alboreaba el siglo XIV; y, en verdad, muy extendido anduvo y anda por el antiguo reino de Aragón este apellido en ramas y localidades diversas. Tan sólo Daroca cuenta varias familias que lo llevan en muy dife-



rentes condiciones sociales, y en la décimaséptima centuria florecieron, entre los muchos ilustres y nobles hijos de tan insigne ciudad, el historiador, naturalista y poeta Don Francisco, y el Canónigo de su Colegiata, también poeta muy celebrado, hermano del anterior, D. Juan Lucas.

Al denominarle Alcaide Latassá, nada dice acerca de si este cargo lo ejerció sirviendo á los Reyes Católicos, por el año 1482, como el mismo poeta indica, en Teruel y en Talavera, ó si, como parece probable, procedería ese título de haber sido jefe de alguna fortaleza ó castillo de las riberas del Jalón y del Jiloca, ó de los campos de Romanos y de Bello, en que abundaban los sitios murados y no eran pocas las casas fuertes, alzadas en amparo de las vidas, y á veces hasta del mobiliario y ganados de los pobladores de aquellos territorios.

Ni acerca de su vida en sus días últimos, ni de la doncella, hija suya, que se presenta en suplicante intervención en las páginas del *Cancionero*, se ha encontrado noticia que dé luz acerca de lo que acontecer pudo á ambas personas hasta su fallecimiento.

### III

En el clásico *Elogio* de Doña Isabel la Católica, en cuyas páginas D. Diego Clemencín prodigó merecidas alabanzas á Reina tan excelsa en personales virtudes como en méritos de sabia y celosa gobernadora de sus Estados (con cierto desdén en el panegirista, no del todo encubierto, hacia su esposo, el Rey de Aragón D. Fernando II, á pesar de ser el Príncipe de más enérgico carácter y de más altos vuelos políticos de cuantos en su época regían Estados), afirma el docto escritor castellano (pág. 431) que la Reina había heredado de su padre, D. Juan II, la afición á recoger libros, no rara tampoco entre los magnates de aquel reinado, tan favorable al renacimiento de las letras,

y en el que Fernán Pérez de Guzmán, D. Alonso de Madrigal y D. Alonso de Cartagena; el Marqués de Villena y el de Santillana; D. Rodrigo Alfonso Pimentel; el primer Conde de Haro, D. Pedro Fernández de Velasco, y otros próceres de Castilla, lograron reunir numerosas colecciones de libros en sus ricas bibliotecas; y parece á todas luces probable que la Reina Católica destinase á su librería la obra de Pedro Marcuello, por los entusiastas y justos encomios del poeta á los Reyes de Castilla y de Aragón; por tratar en ella, más de propósito, de la conquista de Granada por ellos llevada á feliz término, y por contener en sus complementos artísticos tantos motivos de cordial interés para la esposa y madre amorosísima, en las imágenes de los que tanto amaba, ya que no consta que el Rey coincidiese con su consorte real en el amor á los libros, en cuya pasión había sobresalido Alfonso V entre sus regios antepasados. Alentaban la esperanza del encuentro de algún antecedente á este propósito dos inventarios de libros, propios de Isabel la Católica, cuyos originales existen en el Archivo General de Simancas, publicados en la citada obra de Clemencín. El primero anota los libros que existían en el Alcázar de Segovia, de los que se hizo cargo el Camarero Juan de Velázquez en el año 1503, y que hasta entonces habían estado al cuidado de Rodrigo de Tordesillas, vecino y Regidor de la ciudad. Comprende ciento noventa y nueve títulos con otros tantos cuerpos de libros, y á ninguno puede referirse el *Cancionero* de Pedro Marcuello, aun cuando se hallan reseñados un *Vegecio de Re militari* con una plana historiada; las *Coplas* del Arcipreste de Hita y las de Juan de Mena; la *Tercera parte de la Demanda del Santo Grial*; la *Historia de Lanzarote*; la *Información de Reyes é Príncipes*, con una plana también historiada, y *Sedechías*, con nueve historias de pincel, y en la primera plana un escudo con un castillo colorado «é un capelo dorado encima é dos ángeles que lo tienen y debajo otro escudo;» obras que, por sus contenidos, ó por sus planas historiadas á pincel, muestran cierta hermandad con el